



“II. Juicios sobre Boturini”

p. 23-40

*Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico*

Álvaro Matute Aguirre

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1976

89 p. + 5 hojas con láminas (ilustraciones)

(Serie Historia Novohispana 26)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de noviembre de 2023

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/160/boturini-pensamiento.html>

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## II. JUICIOS SOBRE BOTURINI

La vida y la obra de Boturini han despertado el interés de algunos historiadores a lo largo del tiempo que separa la publicación de su obra (1746) y el presente. La mayoría de ellos han sido investigadores de las culturas mesoamericanas. Al hacer recuentos de la historiografía que les precedía le destinaron un lugar a Boturini. También los colonialistas dedicaron algunas de sus páginas a recrear la razón o sinrazón que tuvo el virrey Fuenclara para proceder como lo hizo con el caballero italiano. De los testimonios examinados se extrae desde luego la imagen que se ha ido formando de Lorenzo Boturini. El punto de partida fue su propia contemporaneidad. En ella se formaron las dos corrientes de opinión más encontradas sobre su obra. Mas estas opiniones quedaron ahí, sin pasar de la época que vivió el personaje. La relación entre él y Gianbattista Vico sólo sería advertida un siglo más tarde por el diligente investigador y político mexicano José Fernando Ramírez. Parece ser que desde la generación inmediata posterior a Boturini el nombre de Vico significaba poco para quienes escribieron sobre nuestro personaje. Los enfoques de la obra de Boturini en relación con Vico, salvo el paréntesis mencionado, sólo cobró actualidad hasta que Julio Le Riverend, ya en 1946, exactamente dos siglos después de la publicación de la *Idea*, revaloró el asunto. Para efectos de un conocimiento detallado sobre la vida y azares de Boturini, sin los trabajos de José Torre Revello y la edición de la *Historia*, a cargo de Manuel Ballesteros Gaibrois, todo intento de exégesis boturiniana tendría que comenzar en el Archivo General de la Nación, de México, y en la Real Academia de la Historia, de Madrid.

El reconstruir este proceso tiene la finalidad de presentar la imagen conocida de Boturini, con las transformaciones que se han venido operando a través del tiempo.

### 1. SUS CONTEMPORÁNEOS

Fueron pocas, aunque elocuentes, las opiniones vertidas a raíz de la publicación de la *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*. El lector de esta obra se enfrenta, para comenzar, con una serie de elogios provenientes del dictaminador José Borrull, miem-

bro del Consejo de Indias; de don Pedro de la Vega, quien otorgó la licencia, por parte del propio Consejo; del censor de la Inquisición, el carmelita descalzo fray Juan de la Concepción, para después pasar a la lectura de versos dedicados al señor de la Torre y de Hono, en castellano, italiano y latín. De todo esto, lo que debe tomarse en cuenta es precisamente el breve texto de fray Juan de la Concepción.

El elogio que el carmelita le prodiga a Boturini es acaso el mayor de cuantos haya podido recibir. Tras manifestar que ha leído el manuscrito, no para mientes en afirmar que “no ha sabido evitar la conmutación de censura en elogio”, y agrega:

Debo decir con sincerísima ingenuidad que no es menos digno de aplauso, ni menor objeto de la admiración, el intento del caballero Boturini de escribir esta Historia de la América, que el arresto del insigne Colón y la heroicidad del feliz Cortés en descubrirla y conquistarla... Ha tenido el autor no sólo que lidiar con la negligencia y el olvido, sino que mostrar que sólo fueron negligencia y olvido los que hasta ahora usurparon los nombres de diligencia y de cuidado.<sup>1</sup>

No deja de llamar la atención que Boturini sea equiparado con el descubridor y con el conquistador. El argumento radica en el olvido. Boturini vino a redescubrir y reconquistar una historia perdida, olvidada.

El carmelita, empero, no repara en la utilización que hizo Boturini de las ideas del napolitano Vico para redescubrir y recrear la historia de las gentes indianas. Esto, por el testimonio de don José de Carvajal y Lancáster, indica que al ser publicada la *Idea* fue la comidilla en los círculos madrileños. Dice el funcionario las siguientes palabras ilustrativas:

[los europeos] que quieren parecer más de lo que son, diciendo que era copiada de Vico, autor napolitano y qué sé yo si habrá más persecuciones. Yo he procurado informarme de todo, y más de esta última especie, expugnándome desde luego, porque Vico no vio documentos americanos, se ha hecho exacto cotejo, y es una impostura como las otras, y tengo a la mano material de convencerlo.<sup>2</sup>

A los criollos les reprocha el consejero que ellos debían haber escrito una obra del mismo tema muchos años antes, por estar más cercanos al origen. Es evidente que Boturini fue tachado de plagiarlo. Su defensa de parte de un personaje tan encumbrado en la corte de Felipe V alega en favor de Boturini el hecho de que Vico no se hubiera ocupado

<sup>1</sup> “Aprobación del muy reverendo fray Juan de la Concepción...” Edición de 1974, p. 13.

<sup>2</sup> Cít. por José Torre Revello, *op. cit.*, VII, 1, p. 25.

expresamente de América en su *Ciencia nueva*. Sin embargo, la opinión de este personaje no fue suficiente. Al subir al trono español Fernando VI, otro ministro, el marqués de la Ensenada, como ya se mencionó, le dio en comisión a Jorge Juan el emitir un juicio acerca del libro de Boturini. La corte lo requería para ver si patrocinaba la *Historia general*. Jorge Juan acudió entonces a Andrés Marcos Burriel, cuya opinión fue contundente:

Y en esta parte —dice Burriel— no hay duda que conforman mucho sus explicaciones con las que el caballero Vico napolitano dio a las fábulas griegas (muchas explicadas del modo que Vico lo hace, acomoda Boturini a las indianas) el cual Vico intentó fundar un nuevo sistema de derecho público, que sin duda tiene semejanza con el que entabla en las fábulas Boturini, dejándole caer sin hacer asunto de esto. *De modo que no carece de fundamento, la sospecha de que Boturini haya querido hacer práctico en Indias el sistema ideal del italiano Vico*. Esto lo puedo decir en esta parte, porque leí los dos tomos de Vico, que el mismo Boturini me dio para hacerme ver que estaba libre de la calumnia (decía él) que le imputaban, de ser su libro una manera de traducción del de Vico.<sup>3</sup>

No estaba demasiado exento de razón el jesuita Burriel, al menos en parte. La *Idea*, que como se verá más adelante, se significa por la aplicación del sistema viquiano a la historia de la cultura náhuatl, no recoge en ninguna de sus páginas el nombre del creador del sistema que la inspira. Fue más tarde cuando Boturini, motivado por opiniones como ésta, no sólo mencionó a Vico en sus trabajos, sino que le rindió elocuentes homenajes.

Burriel no le dio ninguna importancia al hecho de que en el sistema de Vico apenas se mencione a la historia americana. No es que ella esté excluida del sistema, mas el estudio viquiano se ciñe a la antigüedad clásica grecorromana. El también ya mencionado don Gregorio Mayans y Siscar, en 1750, comprendió la importancia del trabajo de Boturini. En su respuesta al discurso de ingreso a la Academia Valenciana, Mayans asentó que:

Su intento en esta oración es aplicar los principios del derecho natural según el sistema del ingeniosísimo filósofo y jurisconsulto Juan Bautista Vico, a las costumbres de los indios de la América Septentrional, para que en todas las naciones se observe una misma ley, universal, invariable.<sup>4</sup>

Las actitudes de Mayans y Burriel difieren en cuanto a la compren-

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 26.

<sup>4</sup> *Cit.* por José Fernando Ramírez, *op. cit.*, registro alfabético "Boturini".

sion del sistema de Vico. Mayans fue el primero en manifestar una apertura hacia el estudio de un mundo histórico particular con base en un sistema universal. Eso para Burriel era simplemente una “tra-ducción”, para no llamarle “plagio”. Todo lo cual, finalmente, pone en evidencia lo poco conocido que fue el filósofo napolitano fuera de Italia. Boturini fue, de hecho, su introductor en ciertos medios académicos hispanos, en donde no alcanzó mayor eco sino el que el propio Boturini hizo de él al ser el único historiador que aplicó su sistema. Ello ocurrió sólo dos años después del fallecimiento del autor de los *Principios de una ciencia nueva en torno a la naturaleza común de las naciones*.

## 2. LA GENERACIÓN SUCESIVA

Para la generación de escritores que dedicaron su pluma y sus quehaces a la recreación del México antiguo, en la segunda mitad del siglo XVIII, el nombre de Gianbattista Vico no significaba nada. En cambio el de Boturini siempre fue repetido en no pocas páginas de obras dedicadas a tan importante asunto. Ya para elogiarlo, ya para manifestar desacuerdos, pero el hecho de que Boturini los anteciedera permitió que marcara un punto de convergencia entre la antigua tradición historiográfica que culminó a principios del siglo XVII y la que nuestro autor, Boturini, iniciara al mediar el XVIII.

Su amigo, el criollo poblano Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, es quien nombra más veces a Boturini en su *Historia antigua de México*. El trato personal que tuvieron, la comunicación que deben haber tenido en Madrid acerca de temas de la historia precolombina, parece haberse centrado en asuntos de mayor interés para Veytia, o sea, el calendario, puesto que en las páginas del libro del poblano jamás se cita el nombre de Vico. No deja de ser extraño esto, ya que si Boturini le dio los “dos tomitos” de Vico a Burriel, resultaría lógico que le hubiera mostrado a su amigo el sistema en que se basaba. Lo más aproximado a una mención de la relación de Vico y Boturini, en las páginas de Veytia, es la que se transcribe:

... se había propuesto [Boturini] la idea de repartir la historia indiana en tres edades: la primera la de los dioses; la segunda la de los héroes, y la tercera la de los hombres, siguiendo la célebre división de los tiempos que inventaron los egipcios en [tiempo] oscuro, fabuloso e histórico, como los nombra Varrón.<sup>5</sup>

<sup>5</sup> Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, “Discurso preliminar a la *Historia antigua de México*”, en *Catálogo de la Colección de manuscritos relativos a la historia de América formada por don Joaquín García Icazbalceta*, anotado por Federico Gómez de Orozco, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1927, xv+287 p. (Monografías bibliográficas mexicanas, 9), pp. 219-256.

Veytia, pues, acusa no haber leído la obra de Vico. Simplemente se limita a repetir lo dicho por Boturini al principio de la *Idea*. El párrafo transcrito se complementa cuando Veytia establece la cronología precisa de las tres edades: la primera, desde la Creación hasta el Diluvio; la segunda, desde Sem, Cam y Jafet hasta la primera olimpiada, y la última, desde este acontecimiento hasta el tiempo presente.<sup>6</sup> En suma, el historiador criollo se limita a repetir lo que dice Boturini en la presentación del primer libro. En el curso de su obra señala un buen número de acuerdos y discrepancias críticas con Boturini, especialmente referidos al tema calendárico, del cual también Veytia hizo su especialidad, así como en lo relativo al origen de los indios americanos y las especulaciones en torno a la prédica del apóstol Santo Tomás en el Nuevo Mundo.<sup>7</sup>

Otros congéneres de Veytia mencionan a Boturini en sus escritos. El célebre jesuita Francisco Javier Clavijero manifiesta que “el sistema de historia que se había formado era demasiado magnífico y por lo mismo algún tanto fantástico”.<sup>8</sup> La actitud de Clavijero revela su desconfianza ante el hecho de encuadrar la historia en un marco preestablecido. Si el sistema era perfecto, de seguro mucho quedaría fuera de él; los hechos no se dan de una manera lógica sino que es de una manera lógica como se aprehenden. En el curso de su obra el jesuita desterrado da a conocer sus acuerdos con la obra de Boturini y señala lo que consideró como errores. Para citar alguno, acaso el más elocuente, Clavijero le reprocha a Boturini su ingenuidad cuando éste afirma que los cholultecas construyeron su pirámide para salvarse de las aguas del Diluvio. Este absurdo, según Clavijero, no pudo haber sido la razón de la construcción piramidal, ya que los cholultecas habitaban demasiado cerca del Popocatepetl, que —obvio es decirlo— supera con creces la altitud de la pirámide.<sup>9</sup>

Otros historiadores del siglo xviii menos conocidos hoy, se ocuparon de Boturini. De entre ellos, quien destaca por su seriedad es el arzobispo Francisco Antonio Lorenzana, editor de las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés, donde en un extenso prólogo traza una historia de la época prehispánica. Su deuda con Boturini es reconocida, no tanto por seguirlo a la letra, sino porque la lectura de su texto y de los documentos que reunió, le hizo comprender la importancia del legado historiográfico del milanés.<sup>10</sup> Autor menos conocido es don Ramón de

<sup>6</sup> *Ibidem*.

<sup>7</sup> Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, *Historia antigua de México*, 2ª ed., 2 v., México, Editorial Leyenda, 1944, *passim*.

<sup>8</sup> Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México*, edición y prólogo del P. Mariano Cuevas, México, Editorial Porrúa, 1964, xxxvi+622 p., p. xxxii.

<sup>9</sup> *Ibidem*.

<sup>10</sup> Javier Malagón-Barceló, “La obra escrita de Lorenzana como arzobispo de

Ordóñez y Aguiar, quien merece ser estudiado, ya que en el siglo XVIII dedicó una extensa obra a los mayas. En ella reprocha a menudo a Boturini el no haberse ocupado para nada de las culturas del ámbito yucateco, chiapaneco y guatemalteco.<sup>11</sup> Por último, es imprescindible nombrar a uno de los personajes más curiosos de la historiografía dieciochesca, el licenciado José Ignacio Borunda, principal exponente de las ideas pro Santo Tomás Apóstol-Quetzalcóatl. En su entonces inédita *Clave general de los geroglíficos*<sup>12</sup> señaló que Boturini no tuvo el suficiente conocimiento de la lengua náhuatl y menos de los jeroglíficos mexicanos. Pero ni Borunda, ni Aguiar ni el arzobispo Lorenzana hacen alusión alguna al método de Boturini montado en la *Ciencia nueva*, como en cierta manera sí lo hicieron Veytia y Clavijero.

### 3. IMÁGENES E INVESTIGACIÓN DEL SIGLO XIX

Correspondió a don Carlos María de Bustamante ser el primer biógrafo propiamente dicho de Boturini. En sus *Mañanas de la Alameda*<sup>13</sup> aparece una breve y documentada relación de la estancia de don Lorenzo en la Nueva España. Es indudable que Bustamante tuvo conocimiento de los documentos que dan constancia de su accidentado viaje por estas tierras. En cuanto al criterio que adoptó Bustamante para considerar a Boturini, destaca su actitud de veneración hacia quien tuvo por mártir de la historiografía. Bustamante aprovechó sus líneas para condenar la acción del virrey Pedro Cebrián y Agustín, conde de Fuenclara, quien ordenó que se le decomisase el famoso Museo Indiano a Boturini. Por otra parte, don Carlos María encomió al viajero italiano su labor de rescate de los testimonios que llegó a considerar como indispensables para el conocimiento del México antiguo. Además de ello le otorgó un alto rango historiográfico a la obra del milanés, puesto que la prefería frente a la de Clavijero. Bustamante desdeñó el trabajo del veracruzano para darle preferencia a lo que podría señalarse como tradición Boturini, Veytia y Borunda-Mier. Su nacionalismo da razón de ello.<sup>14</sup>

México. 1766-1772", *Historia Mexicana*, v. XXIII, núm. 3, enero-marzo de 1974, pp. 437-465.

<sup>11</sup> Ramón de Ordóñez y Aguiar, *Historia de la creación del cielo y de la tierra, conforme al sistema de la gentilidad americana*, en Nicolás León, *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, México, Imprenta de la viuda de Francisco Díaz de León, 1907, I, pp. 1-272, *passim*.

<sup>12</sup> José Ignacio Borunda, *Clave general de los geroglíficos americanos*, manuscrit inédit publié par le Duc de Loubat, Roma, Jean Pascal Scotti, 1898, 282 p., pp. 221-2.

<sup>13</sup> Carlos María de Bustamante, *Mañanas de la Alameda de México*, 2 v., México, Imprenta de la Testamentaria de Valdés, 1835-1836.

<sup>14</sup> David A. Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Secretaría de Educación Pública, 1973, 224 p. (Sep-Setentas, 82).

Bustamante era consciente de su deber patriótico de elaborar el nuevo “santoral” mexicanista y dice textualmente:

He creído que me tocaba vindicar la memoria de Boturini a fuer de agradecido al amor que tuvo a este suelo, y al esmero con que ha presentado a la Nación Mexicana como uno de los pueblos más ilustrados de la tierra.<sup>15</sup>

La opinión de Bustamante se liga con la de fray Juan de la Concepción, en el sentido de que ambos encomian a Boturini el hecho de haber mostrado como pueblo altamente civilizado al mexicano. Si bien las perspectivas de los dos comentaristas son harto distintas, ambos llegaron al mismo acuerdo. Mientras que el carmelita descalzo piensa que es un hecho de justicia establecer y dar a conocer el pasado indígena mexicano, Bustamante insistía en el mismo asunto por la necesidad que se presentaba en su época de establecer una continuidad entre el antiguo imperio mexicano y la historia nacional que iniciaba su vida.<sup>16</sup>

En contraste con la generación de Clavijero, Bustamante se ocupó de ubicar la figura de Boturini dentro de la historiografía mexicana. Los de la generación anterior se mostraron críticos ante el italiano; la generación bustamantiana ya tiene la suficiente distancia con respecto a él como para poder comenzar a valorarlo.

Don José Fernando Ramírez fue quien se dedicó de la manera más sistemática, dentro del siglo XIX, al estudio de la obra de Boturini. Su exilio en Europa, tras haber ocupado la cartera de Relaciones del imperio de Maximiliano, le permitió tener contacto con manuscritos como la hasta entonces desconocida e inédita *Historia general*, que reposaba en Madrid. Copió inclusive, un fragmento de ella<sup>17</sup> y agotó —tanto en trabajos emprendidos en México como en el viejo continente— la relación bibliográfica del Señor de la Torre y de Hono.<sup>18</sup> Don José Fernando no se ocupó de la biografía del milanés, ya que los documentos disponibles en México para establecerla habían sido vistos por Bustamante y por don Joaquín García Icazbalceta. Ramírez trató de ir un poco más al fondo de la obra, y aunque con brevedad, lo logró.

Consideró la obra boturiniana como un trabajo monográfico acerca de los diversos sistemas calendáricos prehispánicos. En efecto, como se señaló en el capítulo anterior, la *Historia general* trata de ello ampliamente. Mas Ramírez no permaneció únicamente dentro del marco del comentario bibliográfico. También se aventuró, como ningún otro

<sup>15</sup> Bustamante, *op. cit.*, II, p. xviii.

<sup>16</sup> Brading, *op. cit.*

<sup>17</sup> José Fernando Ramírez, “Cronología de Boturini”, *Anales del Museo Nacional de México*, 1<sup>ª</sup> época, t. VII, 1903, pp. 167-194.

<sup>18</sup> Ramírez, “Adiciones...”

miembro de su generación y del resto del siglo XIX, a considerar el valor metodológico de la *Idea*, que para Ramírez es un “catálogo razonado y depósito de noticias sueltas que abarca todas las antiguas tradiciones del país”, que fue escrito “bajo el sistema y punto de vista dominantes en su época, hartamente diferente de la nuestra”.<sup>19</sup> Ramírez comprendió a Boturini en lugar de condenarlo por utilizar sistemas no acordes con el suyo. Acepta plenamente que cada época tiene un modo peculiar de comprender la historia. Pero no sólo eso, sino que Ramírez fue quien por primera vez desempolvó el nombre de Giambattista Vico, en relación con Boturini. Gracias al conocimiento que tuvo de la *Oración sobre el derecho natural de las gentes indianas* hizo de ella una breve descripción:

...trata duramente las doctrinas de Grocio, Pufendorf, Seldeno, Hobbes, llamándolas “pútridas juris sententias” anteponiéndolas a las de Vico, a las cuales hoy se hace plena justicia, después de más de un siglo de desdén olvido. Boturini procura establecer que a ellas se conforman enteramente los principios reconocidos por el pueblo mexicano...<sup>20</sup>

La llamada de atención de Ramírez, empero, no tuvo el eco necesario. Acaso porque su escrito fue publicado póstumamente, gracias a la diligencia de Alfredo Chavero, o acaso porque, de cualquier manera el nombre de Vico era totalmente extraño en la época en que el positivismo comenzaba a aclimatarse en México. Con todo, no hubo quien comprendiera mejor la obra de Boturini en el siglo XIX como lo hizo don José Fernando Ramírez.

A la erudición de don Joaquín García Icazbalceta se debe una breve semblanza biográfica de Boturini, así como el intento de establecer su bibliografía. La ficha que redactó para el *Diccionario Universal de Geografía e Historia*<sup>21</sup> da razón escueta de los viajes de Boturini. Cuando lo considera dentro del panorama más amplio de la historiografía mexicana<sup>22</sup> insiste en que su nombre “debe ser pronunciado con respeto por todo el que tenga en alto a la historia de nuestro país”, aunque añade que “es raro que el más diligente colector de documentos sea también el más capaz de aprovecharlos”.<sup>23</sup> Acaso esto último no sólo sea válido para Boturini sino más propiamente para don Joaquín. García Icazbalceta deslindó la obra boturiniana en dos campos, uno relativo a la investigación documental y otro a su aprovechamiento. Si bien no hay alusión alguna al método de Boturini, es obvio que don

<sup>19</sup> Ramírez, “Cronología...”

<sup>20</sup> Ramírez, “Adiciones...”

<sup>21</sup> *Diccionario Universal de Geografía e Historia*, México, Imprenta de I. Escalante, 1853-1856, registro “Boturini”.

<sup>22</sup> *Ibidem*, registro “Historiadores de México”.

<sup>23</sup> *Ibidem*.

Joaquín lo rechazó por no utilizar los documentos de manera adecuada para la reconstrucción precisa del pasado. La admiración de Icazbalceta por Boturini es natural con respecto a la labor de rescate documental. Aunque no lo dice, es obvio que lamenta la mala utilización que hizo de él.

La opinión de don Alfredo Chavero es interesante. Mientras que en un estudio que puede catalogarse como el primero propiamente monográfico sobre Boturini<sup>24</sup> no externó ningún juicio valorativo, en la introducción al volumen primero de *México a través de los siglos* muestra su apertura hacia la *Idea*:

[Este libro] es el proyecto, la indicación de cómo en su concepto debía escribirse la historia, apoyándola en los jeroglíficos de nuestros indios... La obra revela grandes conocimientos en el autor: *en su división se percibe ya un buen sentido crítico, si bien le quiere sujetar a las ideas mitológicas e históricas del Viejo Mundo*. Pequeño el tratado, y con serlo, hay en él muchas noticias que aprovechar.<sup>25</sup>

Realmente sorprende para quien se forme una idea apriorística de los historiadores eruditos mexicanos de la segunda mitad del siglo XIX un juicio como el de Chavero o una actitud como la de Ramírez. El único prototípico resulta García Icazbalceta. Sus ideas sobre la obra boturiniana, con ser breves, muestran que las generalizaciones siempre se estrellan ante las particularidades. Cuando Chavero se refiere al buen sentido crítico que se percibe en la división de Boturini en tres edades da a entender que el acopio de datos no está reñido con la crítica o interpretación de ellos.

El siglo XIX concluye los juicios sobre el caballero milanés con otro estudio monográfico, éste debido a la pluma de G. V. Callegari.<sup>26</sup> Este autor, con ser italiano, no desarrolló el esbozo biográfico de Boturini más de lo que hicieron sus predecesores mexicanos Bustamante, García Icazbalceta y Chavero. Callegari, por estar más cerca de las posibilidades de investigación, para nada iluminó a los lectores acerca de los primeros años de Boturini, que a la fecha ignoramos. La posibilidad de saber lo que pasó entre 1702 y 1733 no fue aprovechada por el único italiano que se ha interesado en Lorenzo Boturini. Ni siquiera sabemos la fecha precisa de su nacimiento. Acaso en los archivos parro-

<sup>24</sup> Alfredo Chavero, "Boturini", *Anales del Museo Nacional de México*, 1ª época, t. III, 1886, pp. 236-245.

<sup>25</sup> *México a través de los siglos*, 5 v., ed. facsimilar, México, Editorial Cumbre, 1953, I, p. liv-lv.

<sup>26</sup> G. V. Callegari, *Il cavaliere Lorenzo Boturini Benaduci e la sua opera sull'antico Messico*. Estratto degli atti del I. R. Accademia di Scienze, Lettere ed Arti in Rovereto, serie III. v. XII, fascicolo III-IV, Rovereto, Tipografia Ugo Grandi, 1906, 40 p.

quiales de la villa de Sondrio, en Como, haya algún material, así como en los papeles de la Universidad de Milán, esperando a alguien que pueda rescatar esos datos que, aunque de menor valía que la obra escrita, posibilitarían hacer mejores deducciones acerca de su preparación académica y sus rasgos personales y familiares. El escrito de Callegari da alguna noticia sobre la *Idea* y de los documentos rescatados por el autor.

Al siglo XIX no le pasó inadvertida la posibilidad de tomar la figura de Boturini para consolidar la conciencia nacional, ante las injusticias del mundo colonial. Don Vicente Riva Palacio utilizó pocas líneas para ejemplificar con el caso procesal de Boturini lo que él consideró arbitraria actitud del virrey Fuenclara. Haciendo a un lado toda posibilidad de comprensión jurídica, Riva Palacio condena a Fuenclara por su villanía contraria al mártir de la historiografía.<sup>27</sup>

#### 4. UN INTERMEDIO POLÉMICO

El nacionalismo campeante en la época obregonista tocó a don Lorenzo Boturini. La Academia Mexicana de la Historia organizó, con el Ayuntamiento de la ciudad de México, una ceremonia en la cual se develó una placa conmemorativa —Clío de bronce— colocada en la fachada de la casa número 23 de la calle del Cincuenta y Siete, donde, como ya se asentó, supuestamente vivió Boturini. En la ceremonia se tocó la obertura de Guillermo Tell; el doctor G. V. Callegari descubrió la lápida y pronunció un discurso. Acto seguido, “un orfeón del Departamento de Bellas Artes entonó un himno patriótico y después hizo uso de la palabra en nombre de la Academia el señor licenciado Alfonso Toro”.<sup>28</sup> Asistieron representantes del Ayuntamiento, de la embajada y la colonia italiana e individuos de número de la Academia. Todo lo anterior en realidad nada tiene de censurable, mas sí el texto lapidario, que dice lo siguiente:

Lorenzo Boturini — Duque de Bena (*sic*) — Señor de la Torre y de Honore — Aprendió lenguas indígenas — Vivió una casa de esta calle en 1743 — Fundó museo con 330 códices jeroglíficos (*sic*) — Por amor a nuestra historia víctima del Virrey Fuenclara — Absuelto en Madrid en 1745 — Academia Mexicana de la Historia — México y 1923.<sup>29</sup>

Las incongruencias del texto de la placa fueron advertidas tiempo

<sup>27</sup> *México a través de los siglos*, v. II, pp. 788-9.

<sup>28</sup> “La ceremonia en homenaje al historiador italiano Boturini”, *Excelsior*, 12 de mayo de 1923, p. 5.

<sup>29</sup> Cfr. en Rafael García Granados, *Filias y fobias. Opúsculos históricos*, México, Editorial Polis, 1937, 359 p.

después por don Rafael García Granados, y lo manifestó en su columna de la página editorial de *Excelsior*.<sup>30</sup>

García Granados tuvo oportunidad de lucir su ingenio en una polémica que a raíz del suceso entabló con don Ramón Mena, miembro de la Academia. El razonamiento de García Granados es como sigue:

a) Boturini no fue duque de Bena. Sugiere don Rafael que esa atribución se debe a una mala traducción o interpretación del segundo apellido de Boturini, latinizado, que daría lugar a Benaducis. La conjetura es válida, puesto que el mismo diario, en la noticia relativa a la colocación de la placa así lo manifiesta. La confusión de los académicos también puede deberse a que en el escudo de Boturini aparece una corona ducal, que le correspondía por sus antepasados.

b) Su aprendizaje de lenguas indígenas. García Granados no discute esta afirmación, dado que, en efecto, Boturini manejó el náhuatl con relativa seriedad. Pluralizar, como lo hacía la Academia, resulta dudoso. Por otra parte, habría muchas placas que poner para celebrar a todos los filólogos e historiadores que conocieron lenguas indígenas. No hay ninguna —agregamos— para celebrar a Alonso de Molina, quien más que nadie lo merecería.

c) Vivió en esa calle. El dato está tomado de Bustamante. Puede ser cierto.

d) Los 330 códigos jeroglíficos. La polémica encuentra en éste su punto central. Esta cifra es exagerada. Además, y eso no lo apunta don Rafael, no todos los códigos son jeroglíficos, en el sentido de que fueran pictográficos. Mucho del material de Boturini estaba constituido por manuscritos nahuas en caracteres latinos o de plano en español. Otros más eran impresos.

e) Víctima del virrey Fuenclara. García Granados discute este punto extensamente. Su razonamiento es lógico, hace gala de sentido común. Su alegato puede reducirse a comentar que Boturini entró ilegalmente a la Nueva España y que existía una legislación al respecto que él violó, al igual que cuando pretendió coronar a la virgen de Guadalupe. El virrey lo encarceló, no por amor a nuestra historia, sino por haber obrado conforme a derecho.

Don Ramón Mena contestó a los ataques de don Rafael. No aceptó los errores de la Academia, sino que inventó la existencia de un documento que le mostró supuestamente Callegari —¿extraído de su gabinete?—, donde se habla de los duques de Bena. En seguida pasa a alegar en favor de los 330 códigos. En este renglón, la aritmética de don Ramón habla mal en favor suyo. Suma 33 existentes en el Museo Nacional, 181 del Catálogo de Boturini, más 116 de la Colección Aubin-Goupil.

<sup>30</sup> *Ibidem*, pp. 197-199.

El aprendizaje de lenguas indígenas lo dedujo Mena por la existencia de algunos ejemplares de gramáticas indígenas diversas mencionadas en el *Catálogo del Museo Indiano*. Arguyó, finalmente, que fue la motivación amorosa hacia nuestra historia religiosa y profana lo que hizo que Boturini violara el derecho colonial. Esto último puede verse como un recurso hasta cierto punto válido, por tratarse de un nacionalista.

La respuesta de García Granados lleva el venenoso título de “El Duque de Bena y sus 330 Códices”. Para liquidar a don Ramón, brevemente, baste señalar que García Granados descubrió que Mena contó dos veces 149 códices —o, mejor, manuscritos o documentos—, es decir, los originales del *Catálogo* son los mismos que después formaron parte de la Colección Aubin-Goupil y la del Museo Nacional.

Ésta ha sido la única ocasión en que la figura histórica de Boturini ha trascendido los medios especializados para llegar a las páginas periodísticas y abarcar, así, a un grupo amplio de lectores. La polémica, dentro de su perspectiva, era la del conservadurismo contra el nacionalismo progresista. La balanza se inclinó por la primera de las corrientes, aunque no por sus valores intrínsecos, sino por la calidad de su representante frente a la pobreza, pero buena fe intelectual, del contendiente. Si al fortalecimiento de la conciencia nacional le faltaban ejemplos, el de Boturini no fue el idóneo.

##### 5. BOTURINI COMO FUENTE

De la misma época existe un juicio interesante acerca de Boturini. Se debe al arqueólogo Enrique Juan Palacios<sup>31</sup> y se limita solamente a hacer un comentario de la *Idea*. Más que lo dicho por Palacios sobre Boturini, el valor de su texto radica en que lo ubica dentro de una corriente amplia de precursores de los trabajos histórico-arqueológicos en el siglo XVIII. Palacios se muestra abierto tanto a la obra en sí de Boturini, como frente a muchos de los datos concretos que sobre el calendario aparecen en ella. Gran parte del escrito es una glosa de los que considera aciertos de Boturini, cuando éste se refiere a la distribución de ciclos calendáricos, a periodos de tiempo<sup>32</sup> y cómputos temporales.

En cuanto al enfoque utilizado por Boturini, Palacios se muestra contradictorio en su opinión. Le reprocha, por ejemplo, el participar del criterio bíblico, lo cual menoscaba las interpretaciones boturinianas.<sup>33</sup> La apreciación de Palacios sobre la obra del milanés es acaso la última

<sup>31</sup> Enrique Juan Palacios, “Los estudios histórico-arqueológicos de México. Siglo XVIII”, *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, t. VIII, septiembre de 1929, pp. 121-127.

<sup>32</sup> *Ibidem*.

<sup>33</sup> *Ibidem*.

de aquellas que han considerado a las obras historiográficas de tema indoamericanista como un progreso en el conocimiento de las culturas mesoamericanas. Desde Clavijero hasta Palacios, pasando por Chavero, utilizan las relaciones de las obras escritas sobre el tema a lo largo del tiempo para calificarlas, según sus aciertos en el conocimiento tanto empírico como hermenéutico de su objeto. En los tres casos mencionados, el recuento historiográfico tiene la función de presentar lo que se ha dicho anteriormente para mostrar que ellos han manejado una mayor cantidad de fuentes y que su conocimiento es el punto final —por lo menos hasta su época— acerca del asunto que ellos, en común con sus antecesores, han tratado.

#### 6. EL ESTABLECIMIENTO DE SU VIDA Y DE SU OBRA

Después del tipo de apreciaciones señaladas en el apartado anterior, debe seguir el que considere a la obra historiográfica como un fin en sí mismo; como la expresión de un tiempo histórico. Mas es necesario que exista un trabajo heurístico riguroso, simultánea o previamente a aquél dirigido a la interpretación. Sólo así es posible satisfacer las exigencias de la crítica historiográfica. La finalidad a que debe aspirar un trabajo de esta índole es la de establecer con sumo cuidado la documentación referente al objeto de estudio. Tratándose de obras historiográficas, lo deseable es contar con textos debidamente anotados, introducidos y establecidos, esto es, fieles a su forma original e inteligibles para los lectores modernos.

El caso de Boturini tuvo la fortuna de haberse encontrado con el erudito argentino José Torre Revello, quien dedicó un par de trabajos al milanés en los cuales se da cuenta y razón de los documentos fundamentales que sobre la vida y la obra del caballero existen en el Archivo de Indias y en el General de la Nación de México.<sup>34</sup> También dio noticia Torre Revello de la existencia de varias copias manuscritas de la *Historia*, la cual procuró editar en México, gracias al interés de don Genaro Estrada. Esta empresa desgraciadamente no se realizó, pero los estudios que había publicado este autor en Buenos Aires se imprimieron en nuestro país, antecediendo a una colección documental del ya nombrado Archivo General. El estudio de Torre Revello es punto de partida obligatorio para emprender cualquier trabajo sobre Boturini.

La *Historia* estuvo a punto de cumplir doscientos años sin llegar a las imprentas, a no ser por la diligencia de Manuel Ballesteros Gai-brois, que la dio a conocer de manera digna. La precedió de una semblanza biográfica que, si bien aprovecha en todo a Torre Revello, le

<sup>34</sup> *Boletín del Archivo General de la Nación*, México, t. vii, 1936.

añade algunas noticias que el argentino no conoció; además de algunos documentos que habían sido ignorados.<sup>35</sup>

## 7. ENFOQUES CONTEMPORÁNEOS

Aunque el historiador cubano, formado en México por Ramón Iglesia, Julio Le Riverend, no se valió de la obra de Ballesteros, debe ser considerado en este orden, por ser el autor del primer estudio interpretativo realmente contemporáneo sobre Boturini. Para Le Riverend, Boturini es quien inició el segundo ciclo de la historiografía mexicana.<sup>36</sup> Si a la fecha esa consideración es válida, más lo fue en 1946, cuando la historia de la historiografía comenzaba a rendir frutos en los medios mexicanos.<sup>37</sup> Más que una definición de la obra de Boturini, Le Riverend hace un apuntamiento de los grandes temas de interés que ella ofrece, y establece los aspectos que deben ser estudiados particularmente. Esto no excluye el hecho de que el propio Le Riverend manifieste su opinión, fundamentada, sobre los particulares y sobre el lugar de Boturini en la historia de la historiografía mexicana.

Le Riverend tomó como rasgo esencial de la obra de Boturini el hecho de que se haya valido de Vico como marco de referencia. Le Riverend piensa que Boturini completó lo que Vico dejó al margen en su sistema universal: América. El Nuevo Mundo está desde luego considerado dentro del sistema propuesto en la *Ciencia nueva*, pero no están caracterizadas sus particularidades como lo están las de la cultura grecorromana. Boturini se sirvió del esquema para hacer lo propio con la historia mexicana. Ello tiene su importancia, entre otras cosas, en el hecho de que desde San Agustín no se había elaborado una filosofía de la historia como la de Vico y que Boturini la haya aplicado a un objeto particular e interesado a quienes le sucedieron en la escritura de la historia antigua de México.

Con respecto al tratamiento de Boturini hacia su objeto, Le Riverend se limita a justificar a Boturini por haber redactado de memoria y que su poca información se la debía a Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. A Le Riverend le pareció necesario insistir en este renglón, importante porque precisamente de Ixtlilxóchitl parte una importante corriente interpretativa de la historia prehispánica.

Lo que se apunta como adelanto en el estudio comprensivo de la obra de Boturini en Julio Le Riverend, aparece como retroceso en las consideraciones emitidas años más tarde por Bertha Flores Salinas.

<sup>35</sup> *Documentos inéditos para la historia de España*. 13 v., Madrid, varios impresores, 1936-1953. v. v-vi.

<sup>36</sup> Julio Le Riverend Brusone, *Ocho historiadores en México en el siglo XVIII*, tesis mecanografiada, México, El Colegio de México, 1946, 172 p., pp. 38-43.

<sup>37</sup> *Ibidem*.

Al tratar la relación entre los escritores italianos deja fluir más su imaginación que sus conocimientos:

...la ley de los *corsi* y *ricorsi* de Vico, la aplicó Boturini a su relato del acontecer histórico de los pueblos de la Nueva España, sin más ni más. Da la impresión que Boturini para “estar a la moda”, adopta para su *Historia* los principios filosóficos y sociales de Vico, como en una actitud parecida a la de aquellos historiadores contemporáneos que sin estar convencidos verdaderamente del materialismo histórico lo adoptan para sus interpretaciones históricas. El problema no es de convencimiento sino muy personal: estar dentro de la corriente ideológica del momento. Éste es el caso de Boturini, la novedad de su *Historia* es precisamente ésa.<sup>38</sup>

Con este comentario deja liquidada la relación Vico-Boturini y de paso se refiere a “historiadores contemporáneos” sin decir quiénes, que utilizan al marxismo sin estar convencidos de ello, sino para estar a la moda. Olvida la autora que, contrario al caso de Carlos Marx, Giambattista Vico no fue un autor muy leído en su tiempo y mucho menos en el mundo hispánico. Andrés Marcos Burriel dice que conoció a Vico gracias al préstamo que le hizo Boturini de los dos tomos de la *Ciencia nueva*<sup>39</sup> que, además, distaban mucho de estar vertidos a otra lengua que no fuera el italiano. Amiga de las afirmaciones apriorísticas —y enemiga de su confirmación *a posteriori*— Bertha Flores Salinas señala que Boturini, que por alguna razón no le es simpático, reunió su Museo Indiano para “procurar su ulterior venta en Europa”.<sup>40</sup> Con este juicio se pretendió destruir la imagen nacionalista del martirologio historiográfico de Boturini, a quien se le confunde infundadamente con un Aubin cualquiera.

Más que dedicarse particularmente a Boturini, el acucioso investigador español Eugenio Sarrablo Aguarales es autor de un extenso libro sobre el virrey Fuenclara.<sup>41</sup> Para quien conoce a don Pedro Cebrián y Agustín por el solo hecho de haber mandado encarcelar a Boturini, esta obra resulta sumamente esclarecedora y, desde luego, útil para comprender la multiplicidad de asuntos que hubo de atender no sólo en su administración virreinal, sino en otras facetas de su vida, el funcionario que acabó con los proyectos de Boturini. El capí-

<sup>38</sup> Bertha Flores Salinas, “El viajero Lorenzo Boturini en Nueva España, 1736-1744”, *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, t. xxv, núm. 2, abril-junio de 1966, pp. 150-159.

<sup>39</sup> *Boletín del Archivo General de la Nación*. México, t. vii, núm. 1, 1936, p. 24.

<sup>40</sup> Flores Salinas, *op. cit.*, p. 157.

<sup>41</sup> Eugenio Sarrablo Aguarales, *El Conde de Fuenclara. Embajador y virrey de Nueva España (1687-1752)*, 2 v., Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1966 (Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispano-americanos, CLXXXIII). v. II, pp. 73-99.

tulo dedicado a don Lorenzo lleva como título el muy revelador de “El asunto Boturini o la devoción indiscreta”. Todo él está llevado a hacer comprender al lector que no hubo arbitrariedad de parte del virrey, sino que Boturini, a quien no culpa o condena —como lo hiciera su biografiado— obró contra el derecho, ignorándolo. Sí es de lamentar que, frente a una buena documentación sobre el particular, Sarrablo se base en momentos en fuentes tan secundarias como el *Diccionario* de Leduc y Lara Pardo,<sup>42</sup> que repite más o menos la ficha de García Icazbalceta para el *Diccionario* que dirigió Orozco y Berra. Otro yerro importante en el biógrafo de Fuenclara es el apoyarse en el erudito chileno José Toribio Medina para afirmar que Boturini falleció en 1781 o en 1790. Como ésta, el capítulo presenta diversas fallas documentales.

Dentro de un enfoque destinado a estudiar la concepción europeizante para aprender la realidad prehispánica, José María Muriá analizó a un buen grupo de historiadores coloniales, entre ellos Boturini, para mostrar, entre otras cosas, la deformación que sufrió el conocimiento de la sociedad prehispánica por y ante el pensamiento europeo. De tal manera que en el capítulo de Boturini, examina los conceptos utilizados por él, particularmente en la *Idea*, desde luego advirtiendo que tuvo como marco de referencia a Gianbattista Vico.<sup>43</sup>

Por su parte, el historiador inglés David A. Brading, en un breve y brillante rastreo por los orígenes del nacionalismo mexicano,<sup>44</sup> centrados particularmente en fray Servando Teresa de Mier, dedica, no un capítulo sino unas líneas a Boturini, pero sumamente atinadas. Siguiendo el tema de la relación de Quetzalcóatl y la virgen de Guadalupe como símbolos propios del patriotismo criollo, Brading ubica perfectamente la importancia de la obra de Boturini en las siguientes palabras:

El breve esquema de Boturini y su influencia personal en México y en Madrid marcaron el inicio de una vertiente en el desarrollo del pensamiento criollo. Su entusiasmo por la Guadalupana, así como la exclusión del demonio del pasado indígena, liberó de manera efectiva a muchos intelectuales mexicanos de la obra de Torquemada...<sup>45</sup>

Esto es, la conciencia criolla puede acudir al pasado indígena con la libertad suficiente que le permite comprenderlo como historia humana

<sup>42</sup> Alberto Leduc, Luis Lara Pardo y Alberto Roumagnac, *Diccionario de Geografía, Historia y Biografía mexicanas*, París, 1910. Registro “Boturini”.

<sup>43</sup> José María Muriá, *Sociedad prehispánica y pensamiento europeo*, México, Secretaría de Educación Pública, 1973, 224 p. (Sep-Setentas, 76), pp. 115-121.

<sup>44</sup> Brading, *op. cit.*, pp. 35-36.

<sup>45</sup> *Ibidem*. La interpretación de este autor coincide con el trabajo presentado en 1970 como tesis, que sirve de base a este libro. *Cfr.* pp. 82-86.

y necesaria y ya no dentro del esquema arcaizante medieval de fray Juan de Torquemada, cuyo libro había sido reimpresso en 1723.<sup>46</sup>

Concluye esta revisión sumaria de juicios sobre Boturini con el más reciente, sistemático y completo. Se debe a Miguel León-Portilla y se encuentra en el prólogo a la última edición de la *Idea*.<sup>47</sup>

Por una parte, León-Portilla ha escrito la biografía más completa de Boturini, de cuantas hay hasta el momento; dedica algunas páginas a ponderar la importancia del archivo boturiniano y su destino, y al analizar la concepción y estructura de esta obra, pone el suficiente énfasis en la relación entre el milanés y Gianbattista Vico. León-Portilla ubica correctamente al lector frente a un libro que resultaría difícil de comprender si no está debidamente introducido y su estudio, más que conclusivo, es punto de partida a otros diversos sobre el caballero milanés, dentro de los cuales es posible ubicar al que tiene el lector en sus manos. Tanto en este estudio como en otros escritos, León-Portilla ha llamado la atención acerca de la importancia que tiene el hecho de que Boturini se haya esforzado, al acudir a Vico, por comprender la historia del México antiguo dentro de una significación universal, es decir, como parte de la historia del mundo, como la experiencia de una nación que participa de la naturaleza común que Vico le postula a cada una de ellas, independientemente de la sucesión cronológica de los acontecimientos.

<sup>46</sup> *Vid. infra*. cap. v. Sobre el tema es imprescindible *cfr.* Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, El Colegio de México, 1950.

<sup>47</sup> Miguel León-Portilla, estudio preliminar a la *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, pp. xlvii-lv.

